El novio

Snakeskin

Capítulo 1

El novio

El silencio sería absoluto de no ser por los sollozos entrecortados de Ana Lucía, quien se deja engullir lentamente por la tristeza en el sillón de la sala. El resto descansamos en nuestras respectivas sillas, anclados al comedor como cinco condenados a muerte. El rumor de la respiración de mi madre me hace sospechar de ella, ¿por qué sus fosas nasales hacen más ruido que las de los demás? ¿Acaso está nerviosa? ¿Es culpable?

Mi padre alza una ceja y su entrecejo se arruga, me parece notar cuatro líneas en vez de tres, ¿son causa del estrés que le provoca el horrible acto que cometió? ¿Es culpable?

Junto a mí siento a Belén golpear el suelo con la planta de sus pies, lleva un ritmo constante y hasta contagioso, seguro quiere mostrar una actitud desinteresada, ligera como siempre, sencilla y humilde, pero a mí no me engaña, tras ese rostro beatifico yo soy capaz de apreciar la negrura de su corazón marchito. Carolina carraspea y me parece percibir cierta agonía en el sonido que emerge de su garganta. Todos son culpables, se aliaron y conspiraron contra ese pobre sujeto, quien no era santo de mi devoción, pero al que sería capaz de poner una mano encima.

Discurren los minutos, cada quien continúa con sus respectivos gestos. Pasado un rato descarto a mi madre, no creo que ella haya tenido nada que ver, es decir, su obsesión por la limpieza le impedirían ensuciarse para limpiar el desastre, además es muy nerviosa, toma pastillas cada dos horas, y arreglar el asunto le habría tomado por lo menos tres. Sí, ella es inocente.

Mi mirada regresa a mi padre, quien se acomoda las gafas cada diez minutos, lo observo meticulosamente. Él sí tiene cara de villano, al menos cuando se enoja, mas no me parece suficiente razón para inculparlo. Me vuelvo a ver a Belén, contempla sus uñas rosas y muestra su fastidio con una mueca. Me devuelve la mirada y sonríe con el brillo peculiar que emanan sus ojos pardos. No, mi hermana no sería capaz, y si lo hubiese hecho estaría deshecha en lágrimas ahora mismo, incluso peor que Ana Lucía.

Giró lentamente hacia mi última opción: Carolina. Es la más extraña de la familia, siempre vestida de negro, escucha música agresiva, por el ambiente en el que se desenvuelve seguro hasta consume drogas, lo cual me lleva a que, en un estado de sopor inducido por los alucinógenos pudo

hacerlo sin culpa alguna, quizá ya ni siquiera lo recuerda.

Creí conocer a los habitantes de mi casa, no obstante me doy cuenta del error que cometí al confiar en ellos. El novio de mi hermana Ana Lucía está muerto. Alguno de los que está sentados aquí es un asesino. Lo más catastrófico de la situación es el hecho de que su cuerpo yace en el cuarto de servicio y el responsable de su muerte debe hacerse cargo de limpiar.

Ana Lucía se pone de pie, se sorbe el llanto y sube las escaleras. Todos le prestamos atención a sus acciones. Baja nuevamente con un pala que seguro tomó de la azotea.

—Ana Lucía—exclama mi madre—¿Qué haces con eso?

Mi hermana le sostiene la mirada a la familia entera, siento que se me encoge el corazón.

—Tú siempre dices que el que ensucia, limpia…